DIONISIO RIDRUEJO

POESÍA EN ARMAS

EDICIONES JERARQUÍA

MCMXL

LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO

POESIA EN ARMAS

DIONISIO RIDRUEJO

POESIA EN ARMAS

EDICIONES JERARQUÍA
MCMXL

DEDICATORIA

A Pilar Primo de Rivera,
por la memoria y la esperanza

Estas páginas de poesía, publicadas hoy como un folleto de nuestra Propaganda, no constituyen realmente un libro, sino —a lo más— su primera entrega. No concluye aquí, por lo tanto, mi aportación poética a la exaltación del heroísmo Español y a la pasión de España, es decir: mi "poesía en armas".

Quien se ha puesto a servir sin condiciones no puede dar por concluído su servicio sino en el mismo día de su muerte.

Respecto a algunos de los poemas, se advertirán variantes —a las que no soy aficionado— respecto a su primer texto publicado en periódicos o revistas. Es una revisión mínima que se ha hecho necesaria por el tiempo de urgencia en que se dieron antes. Queda así establecido el texto auténtico, por no decir—¡Dios sabe el porvenir!—el definitivo.

N. A. G. S. A. - Casanova, 212-214 - Teléfono 71164 - Barcelona

AL 18 DE JULIO

AL 18 DE JULIO

A J. A. Girou, José Navarro y Francisco Navarro, Jefes de Bandera.

Todo se adelantaba hacia la angustia
huído de sí mismo por el roce
oscuro del feroz presentimiento.

La catástrofe sorda navegaba,
sobre la inundación de la agonía
con un sabor de escombros en el aire.

Donde estaba el silencio reposado
venían a caer las alas yertas,
hirientes como dagas y cristales
con la fría inminencia del gemido.

Y cerca de la cal de las aldeas
la carne, amoratada por el miedo,

se rendía en un tacto de culebras
poblada por oídos anhelantes
que escuchaban el soplo de la muerte.

La voz desconocida por los labios
y exasperadamente confundida
en un humo de gritos y sollozos,
escalaba las anchas tempestades
de un cielo de rubor y de tinieblas.

El mundo se oprimía de pisadas
torpes como la oruga del estío
y sucias del dolor de los pantanos.

Océanos del ancho desconsuelo
sepultaban el gozo de los días,
y en el miedo que hundía las edades
se aguzaban los filos de la rabia.

"No se puede vivir", dijo la rosa.
Y en las manos del joven encendido
amaneció el milagro del disparo.

"No se puede vivir", clamaron roncos
todos los horizontes acabados
en volumen de blanda cobardía.
Y la muerte escalaba, renaciente,
por las esbeltas sabias de la ira.

Entretanto temblaba por los campos
el mediodía cereal y puro
donde la espiga se abatía al peso
de su granada madurez y al filo
de los cercanos hielos de las hoces.

Y el árbol alto y solo junto al cauce,
olvidando su cúpula altanera,

refugiaba el verdor en sus raíces
con el miedo del hacha sin destino.

Y el prado detenido mansamente
en el estrecho valle de sus flores
ardía bajo cielos rigurosos
clamando por sus fuentes agotadas
la envidia de los yermos sin aroma.

Y el bosque, despojado de sus alas,
entrelazaba el cielo de sus frondas
en íntimo y seguro laberinto
estremecido al sol de las hogueras.

Y el ansia de los ríos encrespaba
la prisa fugitiva por los mares
desamparando al tierno regadío.

Y la roca apretaba sus contornos
entrañando delirios de volcanes
cada vez más esquiva para el viento.

Y el cielo se escondía de los ojos
torturado de ocasos y vencido
bajo la pesadez de la insegura
nube de la agonía de los hombres
ceñida por la cólera del tiempo.

Todo se alzaba vacilante y solo
en las márgenes duras del peligro
con un rumor vecino de caídas.

El hombre refugiaba su desvelo
en paredes espesas de miseria
que el odio penetraba con sus ojos.

El taller descolgaba sus martillos
para abatir los mármoles ilustres
y las manos tiernísimas del lirio
muerto sobre la larga encrucijada.

La fragua trasladaba sus hogueras
al recinto sereno donde el ara
reposaba la Altísima Presencia.

El rencor de las almas en derribo
desenterraba el lecho de las flores
donde el ángel posaba el tierno vuelo.

Y en la orilla impaciente de las horas,
el amor, separado de los cisnes,
y preso al junco de la ausencia larga,
consumía su labio sin caricia.

Y, en tanto el hondo pico de la noche
abría en desaliento los abismos
para abatir las cúpulas sagradas,
un cinturón de mares afligidos
esperaban la proa del navío
desarbolado en las llanuras frías.

Sólo en los campamentos inseguros,
acechados de esquinas penetrantes
y montados al aire de los siglos,
la juventud erguida vigilaba
con las venàs ardientes y seguras
navegadas al borde de los hielos
por una Patria en flor y brisa nueva.

España se rendía tristemente
con clamor de murallas en el polvo
y suspiros de miedo en las entrañas.

Ni el equilibrio de ceniza y hierba
que se agitaba en los lejanos huesos
ascendiendo en la hiedra acongojada,
ni el polvo de los héroes vencidos,
ni la piedra perenne de la historia,
ni el temblor de llanuras galopadas
y de mares abiertos, que venía
a enfurecer la sangre de los hombres,
podían contener el abandono.

Pero la sangre nueva fué ganando
en pequeños arroyos de fiereza,
conmoviendo los hondos minerales,
las horas de la luz y la alegría;
hasta que en anchos cauces derramada
llegó a mojar las ascuas del estío
en el anuncio rojo de la aurora.

Ahora está la guerra sobre Julio,
adelantando el alba esclarecida
con un filo agudísimo de espada.

El campo cereal puebla saetas,
el árbol se desnuda como lanza
a penetrar el último destino.

El agua galopando en sus espumas
viene al retorno de la primavera.

El bosque, penetrado por el gozo,
alcanza su pasión de arboladura,
y la roca navega en quilla viva.

El prado dulce y lento del reposo
abandona su júbilo de flores
al seguro rigor de las batallas.

Los muertos agitados en su tierra
por el mar navegable de la sangre,
que en amoroso viento nos conduce,
juntan su cal piadosa al Renacido
que en la incumplida edad de su sosiego
asciende a la presencia de los astros.

Esta es ya, camaradas, en España
la fecha presentida y el alivio
de nuestras duras almas vigilantes.

Se abate la fingida arquitectura
que encarcelaba al ánimo afligido
y todo en luz se nos presenta puro.

Esta es la hora viva en nuestras manos
en que, altos, con la pólvora y el fuego
se nos rinde la tierra merecida.

¡Qué goce nuestra carne, duramente,
del rigor de la lucha que nos torna
al triunfo y esperanza de la vida!

El tiempo nuestro se dilata y crece,
abriéndonos las venas impacientes
y dando a nuestros ojos deslumbrados
las sendas dolorosas y triunfales
que llevan al difícil paraíso.

No queráis las memorias afligidas
de aquella triste paz en que los hombres
para esquivar el riesgo de los aires
amaban las entrañas de la tierra.

La guerra nos invade con la rabia
que nos encauza al alto desvarío,
donde el orbe redondo se presenta
dócil para el vigor de nuestra mano.

Alcemos el fusil sobre la aurora
rasgada contra el odio y el desvío
por el seguro sable del futuro,
y entremos, ¡oh laurel de los peligros!
para cumplirnos amorosamente
con delirios de paz en el combate.

Agosto, 1936.

SONETOS

I

AL DESTINO DE ESPAÑA

A Xavier de Echarri

«*Antes de tiempo y casi en flor cortada*» (Garcilaso)

Antes de tiempo y casi en flor cortado,
batido de tan ancha desventura,
tu destino solar quebró la altura
por murallas y naves quebrantado.

Cerró tu honor el orbe, dilatado
con huella de los pies de tu aventura,
y nació nuestro día de alba oscura,
sin rutas en el polvo traicionado.

Mas, negándole curso a la elegía,
aplacó la nostalgia el vano canto,
el aire nuestra voz vistió de palmas,

forzó la sangre la cegada vía
y el ala renació, virgen de llanto,
para la nueva sed de nuestras almas.

II

EN GUERRA

A Agustín Aznar

Venid a levantar estos laureles
que nacen de la sangre, cuando el hielo
deja entrever la primavera y vuelo
que aún es dolor sobre los huesos fieles.

Aún el pulso combate sus claveles
y ofrece espadas a la carne y duelo.
Pero tú, camarada, que al desvelo
del ciprés alzas páramos crueles.

Y vosotros, impares, recorridos
por las ardientes venas de la historia,
vecinos de la pólvora y la muerte.

Y el pueblo de los días elegidos.
Venid hoy por el ramo de la gloria,
juntos, para que el águila despierte.

Agosto, 1936.

III

A CASTILLA

A Eugenio Montes

Yo que te vi, Castilla, desolada
bajo el ala del pájaro perdido
y el trigo sin sabores, el gemido
vencida de tu paz desarbolada.

Hoy contemplo la tierna madrugada
que alza tu tierra al aire prometido
y rasga tu horizonte sometido
al fuerte privilegio de la espada.

Un mar de sangre te dilata y crece
y en tus cauces y chopos vigilado
estrecha albas de flor y las merece.

Y sé en mis venas ya que, libertado,
dará un orbe a tu espiga que se ofrece
con saetas al yugo enamorado.

Agosto, 1936.

IV

AL RIO DUERO DURANTE LA GUERRA ESPAÑOLA

A José M.ª Alfaro

Oh, Duero de mi nombre, larga vía
nacida en rocas de la estirpe amada
y en corriente de fuerza adelantada
hacia la mar donde concluye el día.

Te conoció la sangre y desafía
la Historia en ti su desazón colmada,
mientras en paz el filo de tu espada
por molinos y huertos se confía.

¿No llega a ti el estruendo, no remueve
tus aguas con mensajes de bravura
el combate que tanto honor te debe?

No amo para verdores tu andadura;
quiero de ti la senda que nos lleve,
anticipando el ansia, a la aventura.

V

AL TAJO

Al General Moscardó

Al yunque de la roca el verso cede
su delgadez y en armas se levanta
cuando el agua que ciñe y no quebranta
en la cercada gloria se sucede.

Tu escándalo de honor clama y no puede
y en alarma de sangre se adelanta,
cortando las llanuras donde canta
el paso militar que las excede.

Almas te cruzan antes que soldados
y restaura la torre defendida
su alta y rasgada majestad sin duelo.

Mientras del mar los sueños desterrados
—oh, Tajo de la gloria dividida—
esperan tu caudal y tu consuelo.

VI

AL EBRO

A Ramón Serrano Súñer

Crecido tu caudal de llanto y gloria
y por puentes de sangre conquistado,
vuelve tu largo honor, ancho y pausado,
a merecer las aguas de la Historia.

Si frontera te quiso, sin memoria,
el rencor solitario y desterrado
te vuelve a usar, bajo el pilar anclado,
como lazo de tierras, la Victoria.

¡Cuánto de mocedad y primavera
desató con pasión tu calma y hielo,
reclinando la muerte en tu ribera!

¡Cuánto, también, de gozo y de consuelo,
desde el Cántabro olor al mar que espera
contigo alzar el alba sobre el duelo!

VII

AL GUADIANA

A Samuel Ros

Antes de merecer la luz valiente
de la España al honor desenterrada,
escondes tu ribera secuestrada,
hurtando al día el son y la corriente.

De Medellín el oro renaciente,
de Badajoz la fuerza rescatada,
de Mérida la Roma adelantada,
donde la carne restauró tu puente,

vas reclinando al paso, defendido
por un clamor de humanidad amante,
que en las armas aplaca tu gemido.

Y luego, fronterizo y anhelante,
corres, abierto, al rumbo preferido
donde España se gana agua adelante.

VIII

A GARCIA MORATO, HALCON DE ESPAÑA, EN SU MUERTE

Tras de batir la hostilidad del viento,
cuando el paso del águila se avisa
huye el alma en las alas de tu prisa,
camino de su gloria y cumplimiento.

Como se maravilla tu sonrisa,
hélice el sol de tu supremo aliento,
cuando corta en su campo el firmamento
aquella carne moza que fué brisa.

Ay, capitán del aire, cómo llora
este dolor de tu mortal destino
en el instante de la primavera,

cuando, mientras la tierra te devora,
anuncia el trigo verde tu camino
y es ansia de esbeltez España entera.

En el Montseny, 3 de abril de 1939.

IX

EN LA MUERTE DE ANTONIO MACHADO

«una de las dos Españas
ha de helarte el corazón»

A. Machado

Subió tu voz, con gravedad hermosa,
desde el dorado fruto de Sevilla
al yermo planetario de Castilla,
donde la tierra de tu amor reposa.

A tu paso, la España dolorosa
era, en campo lunar, tierna semilla,
pero al granar su fresca maravilla
tu verso ausente le negó su rosa.

Hoy, cerrado el rencor en la alegría,
al cumplir el volumen de su gloria,
con un ala de fiel melancolía,

trae España tu muerte hacia su Historia
y hace hierro de amor tu poesía,
vengando de ti mismo tu memoria.

SONETOS A JOSÉ ANTONIO

I

El rastro de la patria, fugitivo
en el aire sin sales ni aventura,
fué arrebatado en fuego por la altura
de su ágil corazón libre y cautivo.

De la costra del polvo primitivo
alzó la vena de la sangre pura,
trenzando con el verbo su atadura
de historia y de esperanza en pulso vivo.

Enamoró la luz de las espadas,
armó las almas sin albergue frías,
volvió sed a las aguas olvidadas.

Dió raíz a la espiga y a la estrella
y, por salvar la tierra con sus días,
murió rindiendo su hermosura en ella.

II

Treinta años de escondida primavera,
tres de sazón y riesgo arrebatado
y ¡tantos! en el sueño despojado
que en haces de pasión juntó la espera.

En torno a él, de sus entrañas fuera,
todo era mundo yerto y descuidado:
el cielo sin promesa retirado,
la nieve larga y a su paso entera.

Hombres corrieron a su sangre huída
de amor, al tiempo de rendirse en duelo
la firme soledad alta y herida.

Luchó la muerte, mas, cercano al cielo
y la profunda tierra redimida,
triunfó la vida al fin sobre el consuelo.

III

Fué valeroso y firme el sentimiento,
la voz maravillada y obradora,
la presencia evidente y vencedora
y fiel a nuestra sed, el sufrimiento.

¡Qué justo corazón y largo aliento
y dura voluntad y luz sonora,
dieron pulso a la sangre, fe a la aurora,
senda a la tierra y alegría al viento!

En sus venas el pulso con aceros,
llanuras galopadas, cetros, mares,
¡Atalaya de sangre enamorada!

Fué quien volvió a los sueños verdaderos,
quien sujetó al destino los azares;
murió en España y la dejó ganada.

IV

No fué la tierra por tu peso amada
sino soporte de tu planta erguida.
No elegiste el silencio, sí la vida
en mocedad de flor aventurada.

Curso de estrella a la raíz hundida
dió tu esbeltez jamás abandonada,
y dejaste tu voz, tan levantada,
con gravedad de sangre mantenida.

Vencida al fin la carne por la empresa,
con tierra de tus huesos sube al día
—¡España al fin!— tu vertical promesa.

Alamo, lanza, torre, valentía,
todo se alegra en ti, todo regresa
de este llanto mortal de tu alegría.

V

El aire te merece, el aire puro
por donde el alma sabe su camino,
rompe la gravedad en tu destino
y te alza matinal, libre y maduro.

¡Qué dolor el destierro! ¡Qué inseguro
el desunido fin de tu camino:
rota la arcilla, triunfador el fino
temblor del sueño y el silencio duro!

¡Qué consuelo, a la vez, tu permanencia,
parada el ansia y luego recrecida,
en el duelo vengado de tu ausencia!

¡Oh, temprana sazón, promesa herida,
tan cumplida de amor en la conciencia
de la España radiante y merecida!...

VI

El corazón te busca en su alabanza
hecha de soledad y desconsuelo,
y halla tu gloria en el amado suelo
que rige con laureles tu esperanza.

Te reclama el amor y ya te alcanza
con fe nacida de tu voz y duelo,
y mientras dura irreparable el hielo
con más ardor te crea y afianza.

En torno de la muerte, quién dijera
cuanto tiene la voz de tu elegía
de gozo por la vida verdadera.

Pues con el alma y sangre en agonía
aún los habita en ti la primavera
al alumbrarte cada nuevo día.

VII

Sobre tu polvo el mármol persevere
y sobre el mármol, plena y sazonada,
por edades y sangres renovada,
esta vida que nace cuando muere.

Tu soledad piadosa que nos hiere
hágase muchedumbre acompañada,
sea fuerza y clamor la voz callada,
la profecía en el recuerdo impere.

No te visite el llanto ni la duda,
el alma cebe en ti sus ansiedades
sobre tu paz de tierra defendida

y, hoy más, la tuya, armada si desnuda,
consagre tu fervor con claridades
en el seno de Dios recta y erguida.

SONETOS
A LA VICTORIA DE ESPAÑA

I

La inminencia de Abril cumple en la tierra
su lozana ilusión sobre la muerte;
ya viene, amor, la vida a merecerte
por el sonoro cauce de la guerra.

Venas el triunfo y ansiedades cierra
mientras abre la flor y el llanto vierte
el alma que ha llegado a conocerte
en tanto duelo que el honor destierra.

Ay, España, ¡qué júbilo tan grave,
cuando en un alba a la esperanza cede
el ímpetu su crudo sentimiento!

Cuando el silencio restablece al ave,
cuando al clarín el ruiseñor sucede
y palma y surtidor ganan el viento.

II

Deja que el corazón vuelva a su historia
y recuente la sangre su campaña
por esta larga soledad de España
poblada del honor de su victoria.

Déjame oír el sueño de la gloria
no en el clamor de luz que la acompaña
sino en la fría y dolorosa entraña
que rige la pasión con la memoria.

Déjame alzar los rostros, en la aurora,
de la tronchada mocedad que excede,
innumerable, a su solar sediento,

y plantar su presencia cumplidora
donde la muerte sus jardines cede
al filo del airado vencimiento.

III

Dilata el alma libre en la llanura
ansiedades de paz, dulce recreo,
y cortejada de laureles veo
la honrada majestad de tu bravura.

Abril guía su paso a la ternura
de un prado en sol y delicado oreo.
¡Oh, traición de las rosas! ¡Oh, deseo
del ledo bienestar tras la aventura!

¡Apresura tu sangre, no detenga
tu paso militar su duro aliento
y, al nuevo riesgo del dolor, avanza!

Sea tu sola sed quien te sostenga,
ya que la gloria presta su instrumento
al pueblo en haz que su rigor alcanza.

IV

Oh vejez de los siglos, muerte y duda,
señora de la España sin consuelo,
¡qué ojos de soledad vieron tu duelo
sobre la tierra dilatada y muda!

¿Dónde huíste — oh prisión — cuando, desnuda,
el casco ardiente mereciendo el vuelo,
restauró la pasión de nuestro cielo,
en pompa militar, el alba aguda?

Ya, España, miro tu alegría usada
por honesto dolor sin desaliento.
En banderas discurre tu alabanza,

tu vida busca siglos, abrasada,
y retoña en el firme sentimiento
la sed primaveral de la esperanza.

V

Oh pueblo, enseñorea tu camino
para el denuedo de la sangre abierto
en el Abril que dulcifica el cierto
esplendor de la mies alto y vecino.

Quiebre el caudal ardiente su mezquino
cerco de soledad en tu concierto,
cuando regresa el brazo, recubierto
con hábito del hierro, a su destino.

Oh, sólo tú campeador del sueño,
campees entre ti por la dichosa
cuesta de las edades merecidas,

sobre las tierras libres y trabadas
de muchedumbre humana y religiosa,
de justo pan y poderío henchidas.

VI

Cuando al clarín el ruiseñor sucede
y palma y surtidor ganan el viento
donde la muerte sus jardines cede
al filo del airado vencimiento.

Ya que la gloria presta su instrumento
al pueblo en haz que su rigor alcanza,
y retoña en el firme sentimiento
la sed primaveral de la esperanza.

Sobre las tierras libres y trabadas,
de muchedumbre humana y religiosa,
de justo pan y poderío henchidas,

con olivo y laurel en las espadas,
álzase España, viva y venturosa,
nuevamente solar y sin medidas.

El Montseny, abril de 1939.

SONETO A FRANCO

A FRANCO

Del Hacho al Pirineo has avanzado,
vega de espadas, despertando el brío,
y ya rige tu fuerte señorío,
del Océano al mar, tierra y Estado.

En su gloria de alcázar restaurado,
campamento guerrero en sol y frío,
quiere otra vez al Orbe por navío
tu solar de Castilla asegurado.

Padre de Paz en armas, tu bravura
ya en occidente extrema la sorpresa,
en levante dilata la hermosura,

al norte es muro y en el sur empresa,
mientras reclama toda su aventura
el pueblo que acompaña tu promesa.